

Clotilde acabó de leer, y se quedó con los ojos fijos sobre el papel.

Inés leyó en aquel llanto y en la melancolía que velaban el dulce rostro de la joven, el intenso dolor que desgarraba su sensible pecho.

—¡Pobre Leopoldo! —exclamó con voz balbuciente, que indicaba la profunda emoción de que estaba poseída—. ¡Cuán digno se muestra de tu amor en esos cortos renglones, dictados por la pasión más pura!

—¡Ah! ¡Gracias, madre mía, por la buena acogida que da usted a sus tiernas palabras! ¡Sólo usted se interesa por mí en mi desgracia!

—¡Es porque yo también soy desgraciada como tú...! Porque amo como tú, y como tú también, temo perder al hombre que juzgué ya muerto..., que vive..., pero cuyo paradero ignoro.

—¡Oh! Sin embargo a usted no la obligan a pronunciar sagrados juramentos que sean el continuo tormento de su existencia. Pero ya que no puedo desobedecer al hombre que me ha servido de padre...

—¿Y si ese hombre llegase a desistir de su empeño?

—¡El! ¡No lo espere usted, madre mía!

—¡Yo tengo más confianza que tú!

—¿Será posible? ¡Ah! ¿Y cómo?

—Estoy resuelta a hablar a mi hermano con toda la energía que presta la razón, para obligarle a desistir de ese fatal enlace con Duval.

Y al decir esto tiró el cordón de la campanilla.

Una criada se presentó en el instante.

—Di a mi hermano que deseo hablarle, que lo espero aquí y que me haga el favor de venir a verme.

La criada salió sin detenerse.

El corazón de Clotilde latió con violencia.

—¡Ah! ¿Qué piensa usted hacer, madre mía?

—Pienso aprovechar los cortos momentos que quedan; decirle todo lo que sufre tu corazón, lo desgraciada que serás si se empeña en llevar a cabo ese enlace, fecundo en tormentos, con un hombre cuyos antecedentes ignoramos; y si es preciso...

—¡Ah! ¡Siento pasos! —exclamó Clotilde poniéndose pálida como un difunto—. ¡Sin duda es el señor Landeta! Estoy temblando, y no quisiera presenciar esta entrevista.

—Bien; entra en tu aposento, querida hija, y yo te diré el resultado de nuestra conferencia.

—¡Gracias, señora, gracias! Dios coloque en los labios de

usted las palabras más persuasivas que conjuren la tormenta que me amenaza.

—Yo confío en la justicia que nos asiste.

—Yo también confiaría en ella, si fuese apoyada con el manuscrito que revelaba la inocencia del padre de Leopoldo; pero no me puedo entregar a esa dulce esperanza, cuando a nuestras palabras se oponen las intrigas de un malvado adulator.

—Pero más que las intrigas de un malvado, puede el cielo y en él espero en este instante. Vete, pues, hija mía, y déjame obrar libremente.

—¡Adiós! ¡Adiós, madre mía!

La joven abrazó a su tierna protectora, y ésta imprimió un ósculo de amor en el bello rostro de su hija adoptiva, que penetró en su alcoba enviándole una mirada de intensa gratitud.

El sol, entretanto, se había ocultado en Occidente, y la noche tendió su negro velo sobre la tierra.

Inés se acercó a una mesa en que estaba un lujoso quinqué; sacó una cerilla de una preciosa cajita, y la estancia quedó a poco iluminada.

Los pasos de un hombre que se acercaba se oyeron en aquel instante.

Inés reconoció en ellos los de su hermano.

La puerta se abrió casi en el momento, y don Emilio se presentó en la estancia.

¿Qué pasó después entre los dos hermanos?

Más adelante lo sabrá el lector.

Por ahora le suplicamos nos siga a otro sitio, en donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO V

Tras un documento

En los momentos mismos en que Clotilde se hallaba engalanada y dispuesta a consumir el sacrificio de unirse al hombre que no amaba, y creía, como la hermosa Inés, que sólo el manuscrito en que se patentizaba la inocencia del padre de Leopoldo, hubiera podido hacer cambiar de resolución a don Emilio, dos hombres, embozados en oscuras capas, bajaban por el puente de la Merced y se dirigían hacia la estrecha calle de Manzanares.

El sol se había ya ocultado, y la noche extendía su negro velo sobre la ciudad.

El sereno acababa de encender los tres únicos faroles que, con poco y maloliente aceite, pretendían, aunque en vano, alumbrar con su escasa y opaca luz, los montones de basura que se encontraban de trecho en trecho, los sucios caños y los profundos hoyos, que amenazaban de continuo las piernas de los transeúntes.

Nuestros dos embozados, que habían caminado un largo trecho en el mayor silencio, se detuvieron en la esquina del oscuro callejón de Beas, que está a la derecha, y en que se encuentra el primer farol que alumbraba la larga calle de Manzanares.

—¿Por aquí, doctor?—dijo uno de ellos, disponiéndose a torcer por el expresado callejón de Beas.

—No, es mejor que continuemos derecho porque esas calles, señor Duval, aun están más en tinieblas que la que llevamos.

—Pues bien; guíe usted, que es conocedor de estos rumbos.

—Entonces, adelante.

—Pero, ¿está usted seguro, señor Willey, de que esa doña Anita se mudó de la calle de Tacuba?

—Segurísimo; como que me lo dijo una señora llamada doña Cruz, a quien encontré en la escalera cuando fui a preguntar por ella.

—¿Y fué también la misma vecina la que le dijo a usted que estaba de portera en la casa a que me conduce usted?

—Sin duda.

—¿Y cree usted que se halle en poder de doña Anita ese cuaderno?

—Yo no sé más sino lo que usted me dijo; esto es, que le ofreció a usted entregárselo antes de la fatal noche en que fué usted herido.

—¡Oh!, si está en manos de la antigua mercachifle, nada temo; es la única prueba que pudiera presentar Leopoldo abogando la inocencia de su padre, según se me ha asegurado, y no pudiéndola presentar esta noche, que es la dispuesta para mi enlace con Clotilde, el triunfo es mío.

—Y mío también, porque así podremos marcharnos a Europa, a gozar de los tesoros que aquí nos cuestan increíbles sobresaltos.

Y Duval y Willey continuaron su camino sin pronunciar una palabra y recatando el rostro con el embozo, para no ser conocidos.

Al llegar enfrente a la capilla de Manzanares, que está

a la izquierda, y en que se ostenta el segundo farol, llamaron, sin advertirlo, la atención de un hombre que venía por la otra acera.

—¿Me equivocaré o son ellos?—dijo para sí el nuevo personaje, haciendo alto y observándoles—. La estatura y la manera de andar me indican que no me equivoco. Pero, ¿qué vendrán a hacer por este barrio...? Nada bueno seguramente. ¡Oh!, pues yo deseo saber a dónde se dirigen y desengañarme si son ellos.

Y nuestro hombre, que venía hacia el centro de la ciudad, retrocedió, marchando detrás de Willey y de Duval, pero a regular distancia, para no ser visto de ellos.

Los dos embozados, bien ajenos de pensar que iban seguidos de un hombre que los observaba, dejaron a la izquierda el callejón de la Pulquería de Palacio, a la derecha, el de Manzanares, pasaron el de Susanillo, en que está el último farol, y continuaron su camino cruzando un laberinto de plazuelas y callejones, cuyos nombres ignoran aun los mismos que viven en ellos.

—¿Nos falta aún mucho para llegar?—preguntó uno de ellos.

—No, ya estamos muy cerca.

El hombre que les seguía y que pudo oír aquellas palabras, no quiso esperar más, y mientras el doctor y Duval hablaban, él se deslizó entre las sombras y se dirigió hacia la casa de la antigua mercachifle.

—¡Oh!—dijo para sí, mientras caminaba a toda prisa—. La puerta aun debe estar abierta, y escondido y aplicando el oído a la cerradura de la llave, podré saber lo que Duval tiene que hablar con doña Anita.

Y no bien había acabado estas palabras, cuando llegó a la expresada casa.

La puerta, como lo había pensado, aun estaba abierta.

Nuestro hombre se escondió detrás de ella.

Poco después vió llegar a Duval, llamar a la puerta de la habitación de doña Anita, asomarse ésta para ver quién llamaba, hacer entrar en el cuarto al novio de Clotilde y cerrar en seguida la puerta de la vivienda.

El personaje, que todo lo había observado, dejó entonces su escondite y se acercó a la puerta sobre las puntas de los pies, aplicó el oído a la cerradura de la llave y se puso a escuchar lo que dentro del cuarto hablaban.

A los pocos instantes de estar oyendo, se pintó en su semblante la sorpresa, dejó escapar una ahogada exclamación de alegría, y salió precipitadamente a la calle, sin

esperar a que terminase la entrevista de Duval y doña Anita, y se perdió en las calles que conducen al centro de la ciudad.

Willey, entretanto, esperaba impaciente a Duval.

Un cuarto de hora después éste se acercaba, demostrando en su semblante la satisfacción y el contento.

—¿Qué hay?—le dijo el doctor.

—Lo que deseábamos.

—¿Cómo?

—Que el manuscrito cayó en poder de doña Anita.

—¿Y se lo ha dado a usted?

—No; pero me ha dicho que se lo pida a doña Cruz, a la cual se lo dió a guardar.

—¡Magnífico!

—Por lo mismo, es preciso que mientras yo voy a casa de don Emilio, para celebrar mi unión con Clotilde, usted se dirija a la calle de Tacuba, pida a doña Cruz el cuaderno y me lo lleve usted inmediatamente.

—Voy corriendo.

—No se olvide usted que es mi padrino de casamiento y que le estoy esperando con impaciencia.

—Todo se hará con la mayor prontitud.

Y Willey y Duval se separaron, dirigiéndose, aquél a casa de doña Cruz, y el segundo a la de don Emilio, donde iba a unirse con la mujer que amaba.

CAPITULO VI

Una acusación

Dejemos a Willey dirigiéndose a casa de doña Cruz para pedirle el cuaderno entregado por la mercachifle, y volvamos a la estancia en que Inés esperaba a su hermano Emilio con objeto de que desistiese del empeño de unir a Clotilde con Duval.

El señor Landeta, como hemos visto en otro capítulo, se presentó a su hermana en el instante en que ésta acababa de encender el quinqué de la pieza en que se hallaba.

Don Emilio dió las buenas noches, y dirigiéndose hacia Inés con fraternal franqueza, le dijo, con la afabilidad propia de una persona de fina educación:

—Me han dicho que deseabas hablarme, hermosa Inés.

—Sí, Emilio, deseaba pedirte un favor.

—Tendré verdadera satisfacción en servirte; ¿qué podría

yo negarte el día en que va a unirse nuestra querida hija con uno de los hombres más ricos y generosos de la ciudad?

—Precisamente, la causa que reconoce tu excelente disposición para complacerme, es la que yo te agradecería desapareciese.

—¿Cómo! ¿Anhelas que no se verifique la unión de Clotilde con Duval?—exclamó Landeta, dejando ver en su rostro pintados la sorpresa y el disgusto.

—Siempre me has oído expresarme de la misma manera con respecto a ese enlace, del cual no brotará otra cosa que la eterna desgracia de la hermosa joven cuyo porvenir te propusiste que fuese muy feliz.

—¿Y qué más bello porvenir se le puede presentar a Clotilde que las riquezas, el amor y el fausto que le brinda la mano del hombre que reúne a una fortuna inmensa un amor que raya en frenesí?

—¿Y crees tú que las riquezas satisfacen las exigencias de un corazón enamorado? ¿No daría Duval todas las que posee por una mirada de cariño de la mujer que ama?

—Sin duda.

—Luego las riquezas, bienes materiales y perecederos, no pueden llenar ese íntimo sentimiento, todo espiritual, desinteresado y puro, que desciende del cielo sobre el alma, como el benéfico rocío cae de la nubífera techumbre al romper el alba matutina.

En el rostro de don Emilio se marcó un gesto de indignación; su entrecejo se replegó, imprimiendo a su fisonomía un aspecto severo; encapotó sus ojos bajo sus pobladas cejas, y mirando a su hermana con aire de reconvención, le dijo:

—Vec que piensas con la irreflexión de una niña y no con la solidez que en otros asuntos te caracteriza. ¿No ama Duval a Clotilde con todas las veras de una alma apasionada? ¿No le obligará este amor a ser tierno, obsequioso, fino, atento y respetuoso con ella; a complacerle en cuanto desee, a satisfacer sus más ligeros caprichos, puesto que la fortuna le ha prodigado sus bienes con mano franca y generosa? Y estas atenciones, y esta deferencia y estos obsequios, ¿no inclinarán su corazón al agradecimiento, que sólo dista un poco de la amistad y del amor?

—Es que yo no creo que ese amor que tú le concedes, exista en el corazón de Duval.

—¿Cómo!

—En el corazón de ese hombre yo no veo más que un capricho, un deseo, un empeño de alcanzar a todo trance

la mano de la mujer que le mira con repugnancia, el afán de triunfar de un rival a quien odia. Ha hecho de este delicado asunto, una cuestión de amor propio, cuyo lauro se ha propuesto alcanzar. Satisfecho ese capricho la desconfianza nacida del convencimiento de que no posee el cariño de la mujer a quien han sacrificado, engendra los celos, el disgusto y tal vez el odio hacia su triste y desgraciada víctima. Sí, Emilio; tú que tienes más motivo que yo para conocer el corazón humano, no podrás menos de convenir en que mis temores están basados en la sana razón y en la justicia.

—Yo no sé otra cosa sino que no pensamos de la misma manera, y que tu oposición sistemática a este enlace, es de todo punto inconveniente.

—¿Es decir que piensas llevar a todo trance esta unión adelante?

—Sí; y se verificará, como está dispuesto, esta noche, en la capilla que da al jardín.

—¡Imposible! Tú no querrás ser la causa de la desgracia de nuestra inocente protegida.

—Lo exige su bienestar y tu reputación—exclamó Emilio con severidad marcando las últimas palabras y dirigiéndole una mirada de reconvención.

—¡Mi reputación...! —contestó Inés admirada—; ¿qué quieres decir?

—Quiero decir, hermana mía, que las lenguas maldicientes interpretan siniestramente nuestras más ligeras acciones, y que traducen tu resistencia a este enlace, no por cariño leal y desinteresado de amiga generosa, sino...

—¡Acaba!—dijo Inés con el semblante demudado y pálido.

—Hay quien se atreve a sospechar que es...

—¿Qué?

—Tu hija.

—¡Mi hija!—exclamó Inés, tapándose el rostro con ambas manos.

La cortina que velaba la puerta por donde vimos desaparecer a Clotilde antes de que entrase don Emilio, se movió ligeramente.

—Sí, tu hija.

Inés dejó escapar una exclamación profunda de dolor, y su semblante se cubrió de un encendido carmín.

—Sí, hermana mía —continuó don Emilio, con dignidad mezclada de compasión—. Se empieza ya a murmurar de esa obstinación tuya, y se pone en duda tu honor...

Inés tembló, al pensar que Clotilde les estaba escuchando

desde su cuarto, y la consideración de que aparecía criminal a los ojos de aquel ángel de virtud, cuyo aprecio estimaba más que su vida, le hizo pensar en lo que se debía a sí misma, y le dió fuerzas para salir de su sorpresa y abatimiento, y levantar con altivez la cabeza y fijar con severidad la vista en los ojos de su hermano.

Este se quedó sorprendido de aquella mirada serena y firme, que sólo se dirige cuando se tiene la seguridad de una conciencia limpia.

Inés leyó lo que pasaba en el corazón de don Emilio, y tratando de conservar el lugar digno que hasta entonces había tenido en el tierno corazón de Clotilde, a quien juzgaba atendiendo a cuanto allí pasaba, exclamó:

—¡Conque el mundo ha llegado a interpretar siniestramente mi acendrado y desinteresado cariño hacia Clotilde!

—Sí, por desgracia.

—Pero, ¿qué motivo...?

—Se habla de amores que yo ignoraba, con un tal Ricardo; se confronta la fecha de éstos con la edad de esa joven; se hace mérito de haberla encontrado expuesta a la puerta de nuestra casa; se traduce de demasiado interesado tu cariño hacia Clotilde, y todo esto mina por su base tu reputación, que yo quiero que se conserve pura.

Inés quedó confundida y como herida de un rayo.

Había ocultado a su hermano sus amores con Ricardo en la época en que soñaba ser feliz, y su sorpresa, al verlo instruido de ellos, le dejó anonadada.

Pero aquella sorpresa que la condenaba, fué instantánea.

Su corazón recobró bien pronto toda su energía, y levantando con dignidad la cabeza, dirigió con tono de reconvención estas palabras a don Emilio:

—¿Y tú has podido escuchar esa ofensa a la familia, sin castigar al que tal injuria ha osado proferir?

—Es que nadie se ha atrevido a decírmela directamente; he llegado a saber que las gentes se ocupan en acusarte, y nada más; pero esto es bastante para que yo trate de unir a esa joven con el hombre que le he elegido, exigiendo de ti que tengas la suficiente abnegación para manifestarte indiferente a ella.

—¡Indiferente...!—exclamó Inés, con el acento de la mayor amargura.

—Es preciso; tu honor y mi reputación lo exigen.

—¿Y quién puede poner en duda la una y atacar la otra, sino ese mismo hombre a quien destinás la mano de Clotilde? Sí; nadie más que Duval: Duval, que ya otra vez

tuvo la osadía de interpretar mi cariño hacia la joven de una manera poco digna, y que después, para vengarse, sin duda, de mi oposición y arrancar mi consentimiento, ha creído conveniente ponerme en la dura alternativa de acceder a su deseo o de manifestar que me ligan a Clotilde otros sentimientos que el de la amistad y el cariño.

—Yo no sé de dónde ha tomado origen esa voz; sólo sé que tu reputación y la mía pueden padecer, y que esto es preciso evitar a todo trance. Por lo mismo, espero que estarás más dócil dentro de un momento, y que tú serás la primera en hacer entender a Clotilde la conveniencia de este enlace, y que procurarás se verifique dentro de un instante, como está dispuesto. Tienes suficiente talento para conocer la fuerza de mis razones, y nada tengo que añadir ni que escuchar. Adiós, querida Inés —añadió, tomándole cariñosamente la mano—. Sabes que te amo con todas las veras de mi alma. No me acuses, pues, de severo ni de injusto; mi resolución conoce hoy una causa justa, por más que alcance yo que la maledicencia es la que empieza a tener la osadía de hincar su enconado diente en tu virtud sin mancha. Lejos de acusarme, compadéceme, pues, hermana mía.

Y salió de la pieza, dirigiendo a su afligida hermana una mirada de cariñosa compasión.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Inés al mirarse sola—. ¡Han llegado a poner en duda mi honor...! ¡Oh! ¡Este golpe es más terrible que todas mis anteriores desgracias...!

Y la hermosa quedó profundamente abatida.

—¡Madre mía..., madre mía...! —dijo en aquel instante Clotilde, saliendo de su cuarto y abrazando a la bondadosa mujer que padecía por su causa—. Estoy resuelta a unirme al señor Duval.

—¡Clotilde, Clotilde mía...!; ¿has escuchado...?

—Todo, madre mía; y mi resolución es irrevocable; su honra de usted antes que mi felicidad. La oposición de usted a este enlace ha dado origen a injuriosas sospechas, y es preciso destruirlas en su cuna.

—Pero, ¿tú crees en ellas?

—¡Ah! ¡Nunca, madre mía! Yo no creo sino en vuestra virtud; en que es usted la más apreciable, la más buena de todas las mujeres, en su inocencia y en su amor hacia mí...

—¡Gracias, gracias! —exclamó Inés, abrazando con afán a la joven y colocando en su frente un beso de gratitud—.

Veo que nada he perdido en tu estimación y en tu aprecio, y esto me vuelve la calma y la felicidad.

—¡Perder, cuando es más grande que nunca mi amor hacia usted!

—¡Oh!, tú no sabes, Clotilde, todo el consuelo que vierten en mi corazón esas palabras.

—Como vierten las de usted en el mío, al escuchar que le proporciono ese bien.

—¡Cuán buena eres!

—Pero yo quiero, madre mía, que nadie vuelva a ofender a usted con suposiciones indignas, y para realizar este deseo, es preciso que se celebre inmediatamente mi unión con Duval, como está dispuesto.

—Pero ese es un sacrificio terrible para ti.

—¿Y qué importa? ¿No ha hecho usted mil y mil por esta desgraciada? Sé que la pena acabará con mi vida..., que no podré sobrevivir a la desgracia de renunciar para siempre al amor de Leopoldo..., al hombre que idolatro con todo mi corazón... Pero, ¿qué importa mi vida cuando se trata de la tranquilidad, de la honra de usted, madre mía?

—¡Ah! ¡Eres un ángel de virtud y de abnegación! —dijo Inés inundándola de besos y de cariñosas lágrimas—. Pero no; jamás permitiré que labres por ti misma las cadenas de tu infelicidad. ¡Jamás!

—Sobreviviré tan poco a mi fatal enlace, madre mía, que mis tormentos terminarán muy pronto, por fortuna.

—Pero no mis penas por tu muerte.

—Las penas se dulcificarán con las lágrimas; pero el veneno de la deshonra, lejos de dulcificarse con el tiempo, cobra creces, martirizando sin descanso la existencia que se arrastra entre el desprecio y la befa de la sociedad. Sé que es usted víctima de una infame calumnia; pero esa calumnia sólo se conjura y se destruye permitiéndome unirme al hombre a quien saben aborrece usted más que yo misma.

—¿Y Leopoldo? ¿Qué será de Leopoldo desde el momento que pertenezcas a Duval?

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo! —exclamó Clotilde con voz conmovida y vertiendo abundantes lágrimas.

—¿Podrás abandonarle, desgarrar su corazón y condenarle a perpetuo llanto?

—¡Oh!, ¡madre mía, madre mía!

Y la joven, no pudiendo continuar, porque los suspiros

embargaban su voz, estrechó entre sus manos la de su bienhechora, humedeciéndola con sus lágrimas.

Inés, profundamente conmovida, acercó contra su pecho a la afligida joven, acarició su finísimo cabello, fijó en su apacible rostro una dulcísima mirada, y le dijo con tierno y cariñoso acento:

—No llores, hija mía; nunca permitiré que sacrifiques tu felicidad y la del hombre a quien amas, a mi reputación y buen nombre. Si la sociedad me calumnia y me rechaza, tendré, al menos, tu cariño y tu amor, que me recompensarán liberalmente mis desgracias. Pero tú, ¿qué tendrás si te unes al hombre que detestas, y ves morir de tristeza al que forma el encanto de tu vida? Ni siquiera el estéril placer de mis dulces palabras, porque Duval te alejaría de mi lado.

—¡Es verdad! Pero cuando todo eso me falte, cuando a mis solas lloro la ausencia de las personas más caras a mi corazón, me quedará siquiera una incomparable satisfacción.

—¿Cuál?

—La de haber salvado la honra de la mujer que me ha colmado de beneficios, que ha sido mi amiga, ¡mi madre!

—¡Tu madre...! Sí..., tu madre —exclamó echándole los brazos la bondadosa Inés—. ¿Pero qué he de privarme de la dicha de que me des ese hermoso nombre.

Y las dos se abrazaron con la más viva emoción de amor.

El reloj dió en aquel momento una hora, y Clotilde se estremeció.

—¡Adiós, madre mía! —dijo levantándose—. Ha llegado el instante crítico del sacrificio. ¡Adiós! ¡Y si algún día llegase Leopoldo a echarme en cara el paso que doy..., dígame usted, se lo ruego, el esfuerzo que me cuesta! Dígame usted que sólo he amado a él en el mundo..., que le amo aún..., que el deber sagrado de salvar la honra de usted, me ha conducido al altar...! ¡al altar que me separa de él! ¡De él, que ha sido el bello ideal de mi porvenir..., mi felicidad..., mis esperanzas..., mi amor...! Dígame usted que en vez de acusarme de infiel y de perjura, me llame infeliz y desgraciada..., y que me compadezca...

Y desprendiéndose de los brazos de su protectora, que enternecida y anegada en llanto la estrechaba contra su pecho, se alejó de aquel sitio, y penetró en su alcoba, inconsolable y derramando un torrente de lágrimas.

En aquel mismo momento, un criado de la casa, mar-

chando con sigilo, abrió cuidadosamente la puerta del jardín a un hombre que iba embozado hasta los ojos.

—¿Llego a tiempo?—preguntó en voz baja y con misterio el de la capa.

—Sí, señor.

Pues toma tu gratificación, y condúceme al sitio convenido.

El criado cerró la puerta del jardín sin hacer ruido, y caminando sobre las puntas de los pies, se dirigió, seguido del embozado, que marchaba con las mismas precauciones hacia una puerta gótica, bastante alta; la abrió con mucho cuidado, y penetró en una capilla, iluminada entonces por una lámpara.

—Aquí puede usted ocultarse—le dijo, indicándole una especie de sacristía.

—Pero, ¿no entrará nadie en ella?

—Nadie.

—Perfectamente—dijo el embozado, penetrando en el sitio señalado.

—Ahora, hasta luego; suplico a usted que nadie llegue a saber que yo le he abierto a usted la puerta.

—Pierde cuidado.

—Adiós; oigo ruido, sin duda se acercan.

Y desapareció, dejando al hombre que había conducido, entregado a la inquietud y a sus meditaciones.

CAPITULO VII

En la capilla

Cinco personas se encuentran reunidas en una brillante y bien adornada sala; dos bellísimas mujeres, vestidas lujosamente, dos caballeros con traje negro, cortado a la moda, y un sacerdote de aspecto venerable, que revela en sus nobles facciones la pureza de un alma evangélica.

En el apacible y hechicero rostro de la más joven de las mujeres, se ven pintados el dolor, la resignación y el sentimiento.

En el de la más edad, aunque joven aún y hermosa como la primera, se retratan la gratitud, el cariño y el pesar.

A sus bellísimos ojos, velados por el tinte de la melancolía, ojos dulces y apacibles que no aparta un solo momento de la joven sensitiva, asoma de vez en cuando una lágrima de dolor, que se apresura a enjugar con el

1020006321